

Palabras del M. Arq. Esteban Prieto Vicioso con motivo de la Clase Magistral dictada por el Dr. José Alberto Morales*

El Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español, organismo del Patronato de la Ciudad Colonial de Santo Domingo, dependencia de la Secretaría de Estado de Cultura, junto a la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, abren ambas puertas de este Recinto Cultural Capilla de los Remedios, que hace de Paraninfo de este Centro Académico, para recibir la ilustre figura del Dr. José Alberto Morales quien nos ofrecerá esta noche su Clase Magistral con el título "Los Desafíos de la Educación Superior".

Asimismo se siente muy complacido de ofrecer esta Clase Magistral a los estudiantes doctorales y a todos ustedes, nuestros invitados especiales que nos honran hoy con su presencia.

Creado en el 1993, el Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español, es una institución estatal, sin fines de lucro, con finalidad pública y de carácter educativo y cultural. Está adscrito a la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, institución con la que ha desarrollado importantes programas académicos, desde su creación. Su misión es ofrecer con criterios de excelencia una alternativa viable a la investigación y docencia superior al más alto nivel, en los campos de la historia, lingüística, conservación de bienes culturales y áreas humanísticas afines, atendiendo las necesidades de capacitación que requiere la República Dominicana y el Gran Caribe bajo condiciones cónsonas con sus realidades sociales y económicas. Además del Convenio firmado con la UNPHU,

*Palabras del M. Arq. Esteban Prieto Vicioso, Coordinador-Rector del Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español con motivo de la Clase Magistral del Dr. José Alberto Morales, Ex Presidente de la Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico, con el título "Los Desafíos de la Educación Superior".

se han firmado otros con la Organización del Gran Caribe para los Monumentos y Sitios, CARIMOS, con la Universidad de Sevilla, con la Universidad Complutense de Madrid, con la Pontificia Universidad Católica de Ponce-Puerto Rico, el Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y El Caribe y la Universidad de Alcalá.

Con la Universidad de Sevilla el Centro está desarrollando un Doctorado en Humanidades cuyas líneas de investigación están en la Sociedad Política y Administración; Arte; Mentalidad y Cultura; y Economía en América, además de Archivística para la Historia de América Moderna y Contemporánea y Literatura Hispanoamericana.

Con la Universidad Complutense de Madrid, el Centro de Altos Estudios tiene un Doctorado en Derecho y otro en Filosofía, teniendo este último también una Mención en Lingüística aplicada a la Enseñanza de la Lengua.

El Acuerdo firmado con la Pontificia Universidad Católica de Ponce-Puerto Rico y el Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, contempla entre otros programas, ofrecer una Maestría en Artes con especialización en Preservación Histórica.

Mediante el Convenio firmado entre la UNPHU y la Universidad de Alcalá, se pretende establecer un Doctorado en Restauración y Rehabilitación del Patrimonio y un Estudio de Postgrado en Arquitectura Vernácula del Gran Caribe.

Paralelamente a los Doctorados y Maestría, el Centro de Altos Estudios está desarrollando un ambicioso programa de publicaciones, entre las que ya se encuentran importantes obras.

En tan pocos años de existencia, podemos observar que el Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español está cumpliendo con sus objetivos y esta Clase Magistral es una prueba de ello.

Permítanme felicitar a nuestro Coordinador Académico, el Prof. Carlos Di Núbila, por la magnífica selección que hizo al proponernos al Dr. José Alberto Morales para esta Clase Magistral que estoy seguro que será de gran provecho para todos nosotros por ser un tema de tanta actualidad.

A nombre del Centro de Altos Estudios y de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña damos a todos ustedes la bienvenida en nuestro recinto y le agradecemos a todos su asistencia.

Los Desafíos de la Educación Superior. El doctorado en el mejor de los tiempos*

DR. JOSÉ ALBERTO MORALES

Para variar, esta vez digámoslo –exclamémoslo más bien– en positivo, al tenor de una buena noticia: ¡Es éste el mejor de los tiempos!... el de la comunidad global en gestación. Hay una bondad, una verdad, una esplendorosa belleza en esto que se gesta en y entre nosotros: ¡el despertar de la persona con su responsabilidad, su amistad y su chispa interior... su espiritualidad! Vamos a decirlo otra vez, de otro modo que sea igualmente afirmativo, crédulo, confiado: La mayor fortaleza de este tiempo presente, el nuestro, el que se nos dio como un regalo –como un presente... valga la redundancia–, es el necesario e imparable nuevo Renacimiento de nosotros como personas y como comunidad de personas. Es el proceso irreversible que ya hemos iniciado para poder sobrevivir y superarnos frente al materialismo mecanicista y utilitarista de la llamada economía global.

Podemos decirlo una vez más, también en positivo, esta vez dentro del contexto de la apertura de este curso doctoral: Si un doctorado –lo dice la Real Academia Española–, es un conocimiento acabado y pleno en alguna materia, el tiempo presente requiere primero del conocimiento de nosotros mismos para la más plena extensión –planificación si se quiere–, de cualquier materia que docutamente queramos conocer. Doctor, docto, doctorado –en este tiempo, en todos los tiempos–, será aquél o aquella persona que, conociendo su compleja y rica responsabilidad como tal, como persona, acomete una materia, la que sea, consciente de que, su personalidad –su calidad de ser carnal y espiritual–, es la más real y honda

*Apertura del curso académico 2002-2003. Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español. Santo Domingo, República Dominicana. 30 de octubre de 2002

verdad de su existencia, de cuya plataforma única se lanza a la aventura de saber y de vivir y de amar. Que existan personas dispuestas a hacer exactamente eso, en este tiempo, es la mejor de las noticias.

He ahí la hipótesis que vengo a compartir con ustedes. Les reto a que la verifiquen... si es de su interés. Y trataré de con-vencerles, no de vencerles, de vencer con ustedes lo que se opone a esa propuesta: el virus del materialismo consumista, del utilitarismo mecanicista que nos cosifica y despersonaliza, y que, dicho ahora en negativo, desmiente formidablemente todo lo que hasta ahora he dicho. Ese virus, peor que el ántrax, tiene infectada a nuestra humanidad dominicana, puertorriqueña... a nuestra universal humanidad. Y estoy con-vencido –es decir, me he vencido a mí mismo junto a otros–, estoy con-vencido repito, de que podemos con-vencer a otros. Vencer juntos en todas partes, cada vez, ustedes y yo, comenzando en nosotros mismos, el virus que nos distrae de nuestra responsabilidad de personalizar todo, de amistar todo, de impregnar todo con nuestra espiritualidad creadora. Y que nos distrae de nuestra misión de trabar siempre nuestra inteligencia y voluntad con la de otros, para alcanzar nuevos estadios de civilización.

Antes de compartir este convencimiento, digámoslo una vez más – exclamémoslo también–, pero como hoy es usual, en pesimismo negativo, al tenor de una mala noticia de las que oímos a diario en los diarios: ¡Es este el pero de los tiempos!... el de la insolidaridad global, el de la carrera frenética por la explotación, no del hombre por el hombre –eso, dicho así es políticamente incorrecto–, sino el de la exploración de todo lo que se pueda explorar y de todas y todos los que se dejen explotar. Haber puesto el dinero, la moneda –sea peso, dólar, euro o yen–, como el valor central de la vida compartida; haber puesto el consumo de cosas y distracciones como la mayor aspiración humana y social; haber puesto el cuerpo mortal y el sofisma moral y el placer genital –sin compromisos del alma– como las más cotizadas virtudes de una existencia son sentido ni propósito, ha producido un desastre monumental. Esas decisiones –o más bien esa dejadez de nuestra generación frente a los que las toman y nos las imponen–, tienen por consecuencia el suicidio virtual de las masas en la distracción y la adicción y el frenesí

que nos arrastra como la crecida de un río. ¡Ése es el reto mayor a cuya superación este aciago tiempo nos con-mueve! El que nos mueve a todos a ser nosotros... ¡otra vez!

Digo otra vez, porque no es la primera vez que la humanidad sucumbe al feudalismo de los potentados sean naciones, grupúsculos dentro de naciones, o empresas multinacionales. Tampoco es la primera vez que cae en picada la axiología, el criterio personal y social, y se produce una corriente de deshilachamiento de la fibra ética con a consecuente quiebra moral y también económica de los pueblos. El proceso siempre inconcluso de la civilización ha colapsado muchas veces y muchas veces ha vuelto a renacer. Y aunque admito que estamos en un Neo-Medioevo –al decir del célebre diplomático e intelectual venezolano Asdrúbal Aguiar–, no es que se avecina, ¡es que nosotros avecinamos con nuestros actos propiamente personales de crecimiento en la más rica humanidad, el Neo-Renacimiento! Y es por eso que afirmo una vez más: ¡Este peor tiempo es el mejor tiempo! ¡Vivimos, todos y cada uno, el mejor de los tiempos! Afirmaba Borges, desafiante: “La vida es un río que me arrebatara... pero, ¡yo soy el río!” El presente mío, el nuestro –este tiempo y espacio de retos a nuestra inteligencia, corazón y voluntad–, es el mejor regalo que Dios ha dado a nuestra generación.

Decía que estoy con-vencido, que me he vencido a mí mismo junto a otros, de lo que vengo a proponer. Compartiré con ustedes la propuesta de los que me invitan cada día a la aventura del encuentro personal conmigo, con mi entorno y contorno comunitario y con el misterio maravilloso que se manifiesta una y otra vez en mi vida personal al vivir así. Reconozco que no poseo un doctorado, o sea, un conocimiento acabado y pleno en la materia. Mi experiencia me lleva a creer que el conocimiento de nuestra realidad personal –el que penetra hasta el fondo donde se encuentra el alma y el espíritu y el misterio de la vida misma– nunca se acaba y nunca es pleno. Hay un límite al que llamó Muñoz Marín los cinco perros flacos de los cinco sentidos. Y hay otro: el del árbol de la fruta prohibida, el de la sabiduría del bien y del mal, el límite del Paraíso perdido en la primera caída por la soberanía. Sé que el terreno que piso es sagrado.

Por prudencia no me quito, ahora, los zapatos. Los pensadores que les traigo lo vieron también así, como un terreno sagrado... como el terreno de la amistad de Dios-con-nosotros.

El primero es un francés que apenas comienza a mirarse con curiosidad en el mundo universitario: Emmanuel Mounier. Este autor vio temprano en el siglo XX el bacilo del monetarismo. De momento los prohombres de la política en el mundo desarrollado, de izquierdas y derechas, creyeron que el capital sería la panacea, la solución mágica de cuánto reto aparece en cada tiempo y lugar. Unos creían a pie juntilla que el dinero en manos privadas sería la solución de cuánto reto enfrenta la sociedad –seguían las doctrinas de Adán Smith–; otros creían con igual vehemencia que mejor está el capital en las manos del Estado sujeto a reglas mecánicas de igualdad –seguían las doctrinas de Carlos Marx. Y fue así que el altar de las alabanzas y sacrificios se desplazó al mercado de valores, a Wall Street –para ser más exactos–, por el mayor éxito monetario del ánimo de lucro sobre el ánimo de la igualdad impuesta. Ya sabemos cuán errados estaban todos los que abrazaron esa fe. En tiempos de recesión económica como éste, tiende a notarse más el vacío existencial, tras la sobredosis de consumos y confort. Apenas comenzamos a descubrir también las graves consecuencias del desprecio de la mayor riqueza de nuestros pueblos, que es espiritual. Una vez instalado el dinero y lo que éste pueda comprar como el valor central de la vida de los pueblos el desbarajuste es inconmensurable. Mounier, con voz profética alertaba sobre esto en 1932. Para esas fechas denunciaba lo que llamó “el desorden establecido” y convocaba a una revolución del espíritu, en la cual sólo tendría derecho a llamarse revolucionario, el que se subvirtiera primero a sí mismo. Decía Mounier hace exactamente setenta años, en octubre de 1932:

El mal no está en la complicación de la vida material: ¿qué significan algunas máquinas en una casa? Ni siquiera está en el amor al lujo, que representa en el deseo un cierto análogo a la generosidad, un cierto sentido innato de la grandeza y la sobreabundancia. No. El mal está en que el espíritu marcha con paso desigual. Prefiere la solución fácil y refugiarse en el confort. En otro tiempo era necesario conquistar la diversión misma:

caza, arte, aventuras; hoy se presenta cumplida: radio, discos, espectáculos deportivos. El hombre que se distrae es un hombre sentado que mira. [Les recuerdo que en 1932 no había aún televisión ni Cable TV] (...)

Como el hombre se nutre de su conocimiento, [continúa Mounier] toda su alma se ha reducido a esta visión mezquina del mundo. Ya no hay conspiraciones sino para aquello que resulta mensurable. La grandeza es un cierto número de ceros a la derecha: renta, tirada, subastas. El tiempo, que es la paciencia y la esperanza del mundo, se asocia a esta perspectiva por la apología de la velocidad. Se muestra ávido de récords no por lo que representan de esfuerzo personal, de tensión humana, de duración plena, sino por una especie de embriaguez, cada vez mayor, en un corazón matemático, como el que hace erguirse a todo un pueblo alrededor de las estadísticas. (...) El cine, especie de pan espiritual de las multitudes –[les recuerdo otra vez que en 1932 no había televisión]–, cuando no vacía el espíritu, habitúa a la imaginación a fuertes presencias visuales –[lo digo otra vez, habla en 1932, cuando ni se imaginaba la posibilidad de la explotación del sexo genital {sin compromisos del alma} en las pantallas grandes, y cuando las pantallas chicas no existían para llevar esa explotación al llamado “family room”. A esa fecha hablaba Mounier del cine que habitúa la imaginación a fuertes presencias visuales]– y la embota y la deja impotente ante una vida que no ofrece ni grandes planes, ni efectos, ni esas insistentes explicaciones visuales de las almas. (...)

Al lado de este tropel de estadísticas y de este vértigo de virtuosidades –continúa Mounier–, los valores duraderos aburren, porque exigen una mirada inmaterial, una conversación paciente, una búsqueda oscura. (...) [Y concluye] Este mundo descarnado precisaba un lenguaje. Necesitaba un signo suficientemente mensurable y sensible, capaz a la vez de distribuir el poder y el bienestar. Lo ha encontrado: el dinero. Toda la vida de la materia ha refluído, para después disolverse en él. El usurpador se ha instalado en el lugar de las cosas y las ha aterrorizado con su deseo y con su miedo. Como intentaban escapar aún de él por medió de esa transparencia inteligible que las inclinaba hacia el espíritu, se ha creído dios y ha impuesto su culto. Metafísica y decadencia social, materialismo y vanalidad se reúnen y entrecruzan en él. Partes anónimas que ninguna finalidad conecta a ningún valor, se convierten en números intercambiables y por consiguiente comparables. Los cuerpos y el amor, el arte, la industria... el dinero ha devorado toda materia. (...) Ha conseguido lo que no había logrado ni el poder ni la aventura: instalar en el corazón humano el viejo sueño divino de la bestia.

Hasta aquí la denuncia de este reivindicador del espíritu personal y comunitario hecha en 1932. Él había sentenciado a su generación: “Antes de nuestro Renacimiento, necesitamos una Edad Media”. Y en eso hemos estado, en el Neo-Medioevo, ya cité a Asdrúbal Aguiar. Así describe Mounier su tiempo entre dos tiempos:

En otro tiempo había un pueblo. Él sentía el paso de las horas, el olor de la tierra y de los paisajes, el múltiple rumor de las almas. Carecía de sueldo. Pues bien, miraba a los hombres [a las personas], su oficio, los acontecimientos que venían, no los sucesos... los acontecimientos suyos y los de los otros. No conocía las noticias del mundo, nunca abandonó –ni con las piernas ni con la mente– los alrededores de su ciudad (0 de su pueblo). Pero él comulgaba en un espíritu: el alma del pueblo, y por encima, muy frecuentemente, el alma de su religión.

Hasta aquí el primer tiempo descrito por Mounier. Entonces la emprende contra el otro tiempo, este tiempo entre dos tiempos, el del monetarismo burgués que antecede el tiempo por venir.

El pequeño burgués no comulga ya con nada. Tampoco con grandes empresas, como el rico. Ni siquiera con grandes desgracias como el misero. Un metro cuadrado de acera, su tienda, su caja registradora dentro de la tienda, el ideal de la caja. ¿El periódico? Pero el periódico no es el mundo, es un sillón, una buena digestión, algunos chismes. Añadamos en el hogar la obstinación indiferente, la amargura que nace de la envidia mezclada en la mediocridad, el vacío lamentable de las horas sin trabajo frente a un mundo sin colores, sin amores, sin diálogo [y añadido yo, también sin silencio].

Entonces habla del “segundo Renacimiento”, esta vez en enero de 1935, como si hubiese conocido el New Age de finales del Siglo XX:

Que nadie se engañe: este segundo Renacimiento es tan profundo y se anuncia incluso de mayor alcance que el primero. Sin duda que los sobresaltos no han terminado para el individualismo: ¿acaso no conocemos los feudalismos supervivientes en pleno siglo XX? Pero la historia se ha encogido de hombros. Se inicia un gran bullicio. Muchos hombres cansados de sus complicaciones psicológicas y de sus vanas soledades, van a ensayar las salidas más desesperadas, acaso las más locas, para reencontrar el camino comunitario. Todos sus esfuerzos serán espirituales hasta cierto grado por su intención. La mayoría amenazará también lo espiritual de algunos puntos, pues se detendrá en un nivel demasiado

bajo o se extraviará en callejones sin salida. Pero en lugar de oponerse y en ocasiones tronar contra este sueño, queremos asumir nuestras responsabilidades ante el segundo Renacimiento.

Aplazo aquí para el final la propuesta renacentista, la de una revolución del espíritu que hizo Mounier frente al monetarismo materialista. Quiero adentrarme en otro de los pensadores cuyo acercamiento me convence, es decir, que me invita a vencer en mí y a vencer con ustedes, el virus de lo que él, José Kentenich, eminente sacerdote alemán, llamó mecanicismo. Este pensador se instala, no en el discurso de la política económica y laboral como Mounier, sino en el de la pedagogía. Enfrentado temprano –desde 1912– con la ineficiencia del encuentro educativo entre seres humanos –y el peligro de la educación autoritaria, despersonalizada y despersonalizante–, este profeta denunció temprano el grave error que suponía la mirada a los macrocosmos de la existencia desde otro centro que no fuera el centro personal. Denunciaba Kentenich en octubre de 1949.

La concepción mecánica del ser humano, ve y experimenta la creación entera como una máquina y considera al ser humano como una pequeña pieza reemplazable de esa máquina. De este modo, el ser humano casi no podría caer más bajo en la valoración de sí mismo. (...) Su imagen y su crecimiento, su ser y su actuar nos recuerdan el antiguo adagio: “Tal como es su dios así también es el hombre”. Por la tremenda angustia que lo embarga ante la perspectiva de dar el paso de una fe audaz en el Dios personal de la Revelación (...) por el atormentador miedo ante la responsabilidad (...) el hombre moderno se ha dado a la fuga de Dios. Y también por eso, simultáneamente se ha dado a la fuga frente a su “mejor yo”. En su odisea, después de muchas y vanas tentativas, finalmente ha terminado transformando la máquina en su dios. Y poniéndose a la altura [la bajura diría yo] de la máquina... se ha desvalorizado a sí mismo. La mayor tragedia, pero también la llave para la comprensión de la historia actual, consiste en que el hombre se ha apegado a la materia con todo el ardor de una fuerza e intimidad religiosa. (...) Así se entiende cómo Sartre pudo definir al hombre como un vano y primordial deseo de apropiarse conscientemente del nivel del ser propio de la materia, de su irresponsabilidad y caducidad (...) Tal como la materia no posee un centro personal, así también el hombre mecanicista carece del núcleo de su propia personalidad. En todo lo que hace se transforma en un autómatas que es utilizado, empleado y dirigido desde fuera.

Una total marcha en el vacío –añade el eminente sacerdote alemán– ha comprometido al ser humano entero: su intelecto, su voluntad y su corazón. Debido a que estas facultades espirituales ya no encuentran su objeto correspondiente, se puede comparar el alma con una máquina que opera en el vacío. Al intelecto se la ha privado de la verdad; a la voluntad de lo bueno; al corazón se la ha privado de las personas que pueda amar. A partir de esta realidad, podemos comprender por qué la persona carece de consistencia; por qué le falta vida, plenitud, profundidad, inferioridad y riqueza. [Y añadido yo, podemos comprender por qué hoy día se suicidan tantos muchachos y muchachas jóvenes] La persona está expuesta sin medida a las sugerencias que le llegan del exterior, ya sea que se trate de la sugestión de la masa o del impulso de los sentidos e institutos [y añadido yo, o los de la sociedad de consumo bullanguera y engañadora]. (...) Semejante marcha en el vacío abarca también al pobre corazón que está supeditado a un tú personal, a una cercanía y a una vinculación personal. El mecanicista se mueve en torno a la masa y es arrastrado por ella (...) ningún otro ser en el mundo se siente tan aislado y solitario como él.

Cabe destacar ahora que este eminente sacerdote fue enviado por los seguidores indicadores de su compatriota Hitler a Dachau, al campo de concentración, por haber enfrentado a su régimen con esa denuncia temprano en los años cuarentas. Y este sabio hombre supo, desde su centro personal, no sólo superar los horrores del campo de concentración, sino aprovecharlos para ensayar sus propuestas de lo que llamó la restauración de la persona y su organismo de vinculaciones. Decía en la misma carta de octubre de 1949, antes citada:

Experiencias y observaciones hechas en el campo de concentración de Dachau son ricas en enseñanzas. Mientras más incapaz se muestre el hombre actual de formarse un juicio propio, a pesar de su mucho saber cuantitativo, tanto más queremos nosotros aprender a hacernos juicios autónomos. Los opuestos se iluminan recíprocamente. De allí que sea rico en enseñanzas y motivador el plantearse con profundidad y tranquilidad ante esta confrontación, de una parte, el [individuo] moderno, desarraigado y sin vínculos; y por otra parte [la persona] rica en vínculos, que manifiesta la realización de nuestro organismo de vinculaciones universal.

Al igual que con Mounier aplazaré la respuesta específica de Kentenich para dar paso a un tercer pensador que estoy seguro todos conocen. Temprano en su vida acometió una carrera académica

como filósofo. Fue tan prolífico en obras literarias –dramaturgia, poesía, ensayo filosófico– como en obra espiritual encarnada en la realidad personal y comunitaria de sus seguidores. Sus jóvenes amigos lo llamaban Tío, por no llamarle padre –como se acostumbra hacer con los sacerdotes–; vivían en un país de régimen totalitario comunista donde se les prohibía profesar la fe en público. Pero, mejor aún, le llamaban Tío porque establecían una calidad de vínculo con él, y obtenían una calidez tal de tales vínculos, que Tío (Wejek en su lengua materna), sonaba –y suena aún– a pura ternura en la boca de sus amigos. Las montañas de su patria eran su espacio y tiempo para compartir la buena noticia del amor y la responsabilidad y sacar de sus alumnas y alumnos su mejor expresión de humanidad, su personalidad. También le sirvieron las montañas y los púlpitos y la cátedra universitaria para denunciar el utilitarismo que desvalora al ser humano y lo desanima y lo sume en la indiferencia. Nuestro autor, en un poema, se pone en el lugar de un trabajador de la industria de armamentos y juzga así la situación:

Tomeo tuercas,
modelo fragmentos de muerte,
no capto nunca el conjunto del destino de todos.
Hubiera podido concebir otro conjunto
sin esos pequeños fragmentos,
todos los hombres allí serían sagrados,
a salvo de ser deformados por la mentira.
Si el mundo que yo elaboro no es bueno,
el mal de este mundo no es, ciertamente obra mía.
¿Pero eso basta?

¿Pero eso basta?, pregunta Karol Wojtyła, hoy Juan Pablo II. ¿Basta con meditar e imaginar ilusamente otros posibles escenarios de vida personal y comunitaria? En su *Persona y acto*, contesta que no basta. No es suficiente que podamos imaginar otro conjunto humano sin pequeños fragmentos, donde todos seríamos y nos respetaríamos los unos a los otros como sagrados; a salvo, por consecuencia, de ser destruidos por nuestros propios actos. Sólo es digno de nuestro ser personal, imaginar sí, ese conjunto humano. Pero acto seguido, sin dilación, con amor y responsabilidad... ¡hay que hacerlo!

Si Mounier denunció el monetarismo –es decir, la colocación del dinero como el valor central de la vida de los pueblos– y Kentenich el mecanicismo –la reducción del ser humano a pieza de una compleja máquina social– Wojtyła truene contra el utilitarismo. Hoy, para comprobación de la denuncia de Mounier nos llaman “capital humano”, como si quisieran alabarnos, enaltecernos, elevarnos –según el criterio monetarista/ a la categoría del poderoso caballero don dinero. También hoy nos llaman recurso humano, para comprobación de la denuncia de Kentenich, como si fuéramos una máquina, un artefacto, una cosa. Wojtyła, como recurriendo a la fórmula kantiana del imperialismo categórico sentencia:

Nadie tiene derecho a servirse de una persona, de usar de ella como de un medio, ni siquiera Dios su Creador. En el caso de Dios esto es absolutamente imposible, pues dotando a la persona de una naturaleza racional y libre. Él le ha conferido el poder de asignarse por sí solo los fines de su acción. (...) El amor es la única actitud adecuada que es posible asumir ante una persona cuando ésta, en cualquier campo y de cualquier manera, es objeto de nuestros actos. (...) Se trata de querer el bien de la persona y de orientar el propio acto hacia un bien que sea común a uno mismo y a la otra persona que es objeto de la acción, respetando por otra parte, su libertad.

El comentarista más citado de la obra filosófica de este singular autor los es el filósofo italiano Rocco Buttiglione. Éste resume su *Persona y acto*, de un modo que nos resulta suficiente para los fines de este análisis. También nos permite comparar la propuesta de estos tres pensadores que a mí me convencen y que pretendo que, de igual forma, les ayuden a ustedes a vencer.

Persona y acto se articula en cuatro partes –afirma Buttiglione–. En la primera se trata de la conciencia y de la casualidad eficiente de la persona. Wojtyła analiza en ella el papel reflexivo de la conciencia y la experiencia fundamental del ser causa de sus propias acciones. [Su análisis nos lleva descubrir] que la persona no es solamente el lugar donde se producen acontecimientos síquicos, en donde se suceden las sensaciones y las experiencias de valor, sino que es propiamente el sujeto de la acción. [Yo soy el río, dijo Borgés]

En la segunda parte se profundiza en la trascendencia de la persona en el acto. Mediante el análisis de la estructura personal de la autodeterminación, se muestra que la persona es causa eficiente de la acción por que se

autodetermina. No refleja simplemente los condicionamientos internos y externos, sino que puede decidir, conformando su elección de la verdad que conoce por relación al bien. De esta forma es que la persona se realiza como persona [decidiendo].

La tercera parte trata de la integración de la persona en el acto. La persona realiza su propio dominio de sí cuando no suprime, sino más bien cuando orienta los dinamismos naturales del cuerpo y del espíritu, expresándolos en la acción. La persona está más allá del cuerpo y del espíritu, trascendiéndolos. Es también el factor que los integra en la acción, la cual no pertenece ni a sus facultades espirituales trascendentes de la persona ni a sus dinamismos síquicos o corporales. Pertenecen a la unidad de la persona que quien es la que integra todos estos aspectos.

La cuarta parte por último, se dedica a la participación, esto es, al obrar de la persona junto a otras personas. (...) La fundamentación de la participación en la acción es el punto de llegada del libro sobre la persona y el acto. (...) El obrar con otros implica condicionamientos que pueden llegar hasta disolver a la persona en la masa. Esto ocurre, sin embargo, en la medida en que la acción con otros se lleva a cabo no mediante la participación, sino haciendo abstracción de ella. La participación es la condición por la cual la persona puede seguir libre y experimentarse a sí mismo como tal en la relación con otras personas y en la vida en sociedad.

Antes de comentar la propuesta de Wojtyła quiero destacar algo muy interesante. Mounier arranca en su denuncia de la observación y del impacto en él mismo del orden más férreo, autoritario y despersonalizante, que ha visto la Humanidad: el nacional socialismo de Hitler. Wojtyła arranca de la denuncia del colectivismo comunista que en su patria venció al nacional socialismo para someter a su pueblo a la mentira de la propaganda. Son tres experiencias de tres formatos de hacer la misma cosa: poner otro centro en la vida de los pueblos. Otro —el capital, la técnica mecánica o el Estado—, con tal que no sea el centro corazón de la persona con su libertad que le lleva a la responsabilidad, tan contestataria como solidaria.

Son tres arranques distintos de una misma experiencia de desastre del materialismo mecanicista y utilitarista... y tres propuestas iguales. Hemos visto ya lo que propone Wojtyła: el despertar de la persona para que asuma su responsabilidad por excelencia que es la de amar, la de amistar mediante su conciencia de ser persona

que trasciende, integra y participa. Hacer desde allí otro conjunto de los fragmentos del mal llamado capital humano y recurso humano, estableciendo que la persona, hombre o mujer, es sagrada, que es inviolable su dignidad y su libertad interior. A ese nuevo conjunto de personas que se respetan en su dignidad y se unen libremente le llama comunidad. Nos pone así a salvo de ser destruidos por nuestros propios actos materialistas y de ser deformados por la mentira mecanicista convocando en nosotros la responsabilidad inaplazable de hacer la comunidad. ¿Y Mounier?... ¿qué propone?

Es necesario volver a la persona –exclama–. La vocación de la persona no es una vocación solitaria. Es una devoción permanente a tres sociedades unidad: Bajo la persona, la sociedad de materia a la que debe llevar la chispa divina; al lado de la persona, la sociedad de personas que su amor debe atravesar para reunir su destino; por encima de la persona la totalidad del espíritu que se ofrece a su acogida y la empuja m[as allá de sus limitaciones.

¿Y Kentenich? El formador de educadores nos llama a cultivar en la persona lo que es propio de ella:

Un espíritu comunitario lo más perfecto posible. Si queremos preparar a nuestra juventud para los tiempos venideros, si queremos preparar la familia natural, debemos velar porque surja este profundo estar el uno en el otro, con el otro y para el otro. ¡Debemos sentirnos recíprocamente responsables los unos de los otros! La mesa familiar no es una mesa de placer sino un altar de otros! La mesa familiar no es una mesa de placer sino un altar de sacrificio. “Nada sin ti, nada sin nosotros”, es nuestro lema. Las cosas no resultan sin nosotros. Debemos tener el valor de decidimos a actuar.

Al principio afirmé –no por falta modestia, sino por fidelidad a la verdad de mí mismo que a tientas conozco–, que compartiría con ustedes la propuesta de los que me invitan cada día a la aventura del encuentro personal conmigo, con mi entorno y contorno comunitario y con el misterio maravilloso que se manifiesta una y otra vez en mi vida personal. Les compartí mi intuición de que el conocimiento de nuestra realidad personal –el que penetra hasta el fondo donde se encuentra el alma y el espíritu y el misterio de la vida misma– nunca se acaba y nunca es pleno.

Alguien penetró hasta el fondo de su conciencia
—dice Wojtyła—
un poco como si entrara en un niño, en una oveja,
sin querernos humillar ni aplastar, sólo abrazar
mientras temblaban, descubriendo su miedo interior.

Con ese mismo espíritu les propongo a ustedes la meditación de lo que aquí resumo. Explica Buttiglione que Wojtyła desvela las vueltas a una noria de un filosofar estéril. “Filosofar —nos afirma Wojtyła— significa con frecuencia reflexionar sobre teorías que tratan de teorías”. Y nos invita a una reflexión sobre la experiencia. A hallar nuestro criterio de verdad en el reconocimiento y la confirmación que de ella hagamos. Por eso a los profesores nos corresponde sólo hacer propuestas, pues no es verdad que la letra entre con sangre. Todo cuanto proponemos ha de ser visto por los alumnos —querámoslo o no— como una hipótesis entre de su experiencia de verificar y aprender. Por eso al principio les dije que les traía una hipótesis para compartirla con ustedes. Les reté a que la verifiquen... si es de su interés.

Y les adelanté que trataría de con-vencerles a ustedes, los doctorandos del *Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español*, para que analicen si lo que he propuesto y citado corresponde con la verdad que vibra en su corazón. Para eso tendrían que ir allá adentro, “hasta el fondo de su conciencia”. Como un doctorado —lo dice la Real Academia Española—, es un conocimiento acabado y pleno en alguna materia, les invito a que lo hagan: que busquen primero el conocimiento de ustedes mismos para la más plena extensión —plenificación si se quiere—, de cualquier materia que doctamente quieran conocer. Les propuse que doctor, docto, doctorado —en este tiempo, en todos los tiempos—, será aquél o aquella persona que, conociendo su compleja y rica responsabilidad como tal, como persona, acomete una materia, la que sea, consiente de que su personalidad —su calidad de ser carnal y espiritual—, es la más real y honda verdad de su existencia, de cuya plataforma única se lanza a la aventura de saber y de vivir y de amar. Esa verdad es más evidente y constante y valiosa que el volátil dinero; mucho más capaz y abarcadora y sabia que el disco duro de su computador, y tiene un valor en sí mismo, no por su utilidad, sino por su

calidad de ser corporal y espiritual, por su inconmensurable capacidad de saber por sí misma responder a los más complicados retos y lo que es mucho más aún, la capacidad de amar. Les propuse eso y... ustedes dirán. Nadie aprende por experiencia ajena.

Pienso que a ustedes y a mí no nos cabe otro remedio que sobrevivir y superarnos frente al materialismo mecanicista y utilitarista de la llamada economía global. Tenemos que superar el reto de vivir libremente frente a la carrera frenética por la explotación de todo lo que se pueda explotar y de todas y todos los seres humanos que se dejan explotar. Tenemos que sobrevivir material y espiritualmente frente a la caída en picada tanto de ala bolsa de valores como de la axiología y el criterio moral. Tenemos que hacer frente a esa corriente de deshilachamiento de la fibra ética con la consecuencia corrupción de gobiernos y pueblos. Y frente al error de haber puesto el dinero, la moneda –sea peso, dólar, euro o yen–, como el valor central de la vida compartida; y frente a la monstruosidad de haber puesto el consumo de cosas y distracciones como la mayor aspiración humana y social; frente al crimen de haber puesto el cuerpo mortal y el sofisma moral y el placer genital –sin compromisos del alma– como las más cotizadas virtudes de una existencia son sentido ni propósito... tenemos ustedes y yo que aprender a subvertirnos nosotros mismos –como sugiere Mounier–, a hacer juicios propios, autónomos –como sugiere Kentenich–; aprender a despertar nuestra conciencia para trascender, integrar y participar –como sugiere Wojtyła–, en la superación del reto formidable que nos presenta nuestro tiempo. Tenemos la responsabilidad de restaurar el organismo de vinculaciones natural y sobrenatural, inmanente y trascendente del que somos –como personas y comunidad de personas– no capital, ni recurso, ni herramienta, sino el sujeto irreductible, la sustancia, la esencia..

Decía Pedro Henríquez Ureña en 1933, parafraseando a Bergson:

La humanidad está compuesta de dos elementos: una masa que se deja arrastrar a la persistencia, a la repetición, y un pequeño grupo, especie de detracción en la naturaleza, que se empeña en ir hacia delante. La civilización sólo florece en el país donde la minoría inversora logra encontrar eco en la mayoría conservadora.

El virus del materialismo mecanicista y utilitarista, ¡peor que el ántrax!... tiene si infectada a nuestra humanidad dominicana, puertorriqueña... a nuestra universal humanidad. Pero podemos vencerlo. Podemos inventar juntos modos de vencer en todas partes, cada vez, ustedes y yo, comenzando en nosotros mismos, eso que nos distrae de nuestra responsabilidad de personalizar todo, de amistar todo, de impregnar todo con nuestra espiritualidad creadora. Ese espíritu quiere trabar nuestra inteligencia y voluntad con la de otros, para alcanzar nuevos estadios de civilización. Y lo digo otra vez, junto a Mounier, Kantenich y Wojtyla: no es que se avecine, ¡es que nosotros avecinamos con nuestros actos propiamente personales de crecimiento en la más rica humanidad, el Neo-Renacimiento! ¡Este peor tiempo es el mejor tiempo! ¡Vivimos, todos y cada uno, el mejor de los tiempos!... el de la comunidad global que ya estamos gestando. El presente mío, el nuestro –este tiempo y espacio de retos a nuestra inteligencia, corazón y voluntad–, es el mejor regalo que Dios ha dado a nuestra generación.